

El lujoso Mercedes que Pedro Castillo contemplaba con sorpresa y curiosidad resaltaba incrustado en el prado de hierba y barro como un barco con velas blancas en aquel valle verde. Cerca solo había unas cuantas vacas que pastaban sin ver lo que comían porque tenían la mirada fija en el llamativo coche; se preguntaban la razón de que estuviera en aquel lugar. Al hombre no le prestaban atención porque estaban acostumbradas a ver a mirones campestres. Si hubieran sabido que aquel señor vestido con ropa deportiva elegante y con la barriga y las arrugas de los que se acercan a la cincuentena era un abogado y empresario de Barcelona que, además, tenía un buen cargo político, también les habría extrañado su presencia, a más de trescientos kilómetros de su gran ciudad, en pleno campo y cuando aún no había comenzado la temporada turística de verano.

La primera idea que se hizo Pedro fue que aquella pomposa máquina, de matrícula reciente, pertenecería a alguien poco cuerdo como para llevarla hasta allí, haciéndola sufrir por caminos de tierra y hierba por donde había pasado gravando en sus lados heridas de zarzas y arbustos, y dejándola donde el único vehículo que dejaría una persona cabal sería un tractor. Pronto dedujo que habían abandonado el coche; tenía las ventanillas delanteras bajadas y estaba muy sucio y mojado por dentro. Razonando un poco más, supuso que lo habrían dejado donde estaba

expresamente con el propósito de que pasara tiempo hasta que alguien reparara en él, y comenzó a gustarle la idea de descubrir un lujoso coche robado. Le provocaba una cierta emoción que lo sacaba de la rutina y permitía a su mente ociosa apresurarse a imaginar situaciones novelescas relacionadas con la sustracción y la aparición del automóvil en aquel lugar, donde los pueblos más cercanos estaban casi deshabitados.

Daba vueltas alrededor, acumulando barro en las botas de montaña que se había comprado en Jaca poco después de llegar a Sarvisal y que tanto le gustaba ponerse.

Desde que Pedro Castillo llegó al pueblo, algo más de dos meses antes del descubrimiento, casi cada día había recorrido unos cuantos kilómetros por los caminos y los senderos de los montes o de los prados de las llanuras del Valle de Tena. Las distancias y las pendientes las decidía más su estado de ánimo que su cansancio físico, y cada vez los recorridos eran más largos y con cuestas más pronunciadas.

Era una persona de ciudad y de mar, pero desde las primeras veces que observó las aldeas de piedra y pizarra en aquellas praderas y entre los bosques de los montes, comenzó a tener la noción de que todo lo que veía debía vivirlo con la intensidad suficiente como para disfrutarlo con pasión.

Tenía que vivir la sencillez y la grandiosidad del paisaje, penetrado por la cálida franqueza de los habitantes. El lugar le ayudó a ir aprendiendo que se ha de saber disfrutar lo que se tiene al alcance, especialmente si es la naturaleza en algunas de sus formas más bellas. Quería introducirse dentro y percibirlo todo; oler, tocar, contemplar y sentir la seducción que le provocaba.

Descubrió sensaciones, o fue dedicándoles la atención suficiente como para que le parecieran nuevas. Entre ellas el placer de caminar por caminar y contemplar. Poco a poco iba notando como sus piernas y sus pulmones respondían cada vez mejor al esfuerzo de las andadas. Esto lo animaba a aumentar el recorrido y el desnivel, y hasta comenzaba a pensar que algún día se atrevería a subir a

los montes más altos que estaban a la vista. Después, a los míticos picos de los que le hablaban los lugareños y los montañeros que había ido conociendo.

Había detectado olores y había tenido la suerte de caminar por los mares de hierba recién cortada cuando llovía en un día de calor. El intenso aroma a esencia de campo lo fascinó. Era como si palpase una parte importante de la vida.

Había aprendido de los aldeanos cuáles eran las cimas de las montañas por donde aparecían las nubes de tormenta y lluvia. A menudo, en aquellos días de tránsito de la primavera al verano en que el sol había calentado el suelo cuando había transcurrido una buena parte de la tarde, asomaban grandes nubes negras por encima de esos montes. Entonces, se lanzaba a los numerosos senderos que transcurrían por los extensos prados sin importarle terminar completamente empapado.

Aquella tarde caminaba, mojado, por una pista de la zona más llana del valle que ya había recorrido varias veces y que llevaba a un conjunto de fincas de pasto y ganado para acabar en alguna de las estrechas carreteras asfaltadas. Como le gustaba variar de ruta, se desvió por un camino con más hierba que tierra que se adentraba a la izquierda hacia no sabía dónde, pues los altos arbustos no permitían ver más que unos pocos metros que había de distancia hasta la primera curva. Una vez pasada, lo único que Pedro pudo divisar fue otro tramo un poco más grande hasta la siguiente, a pesar de lo cual siguió el camino con la esperanza de no tener que regresar por la misma ruta. Prefería transitar recorridos circulares a volver por donde había ido.

Superada la segunda curva ya pudo ver que por allí solo iría hasta un prado donde moría el sendero. Si no dio la vuelta en ese momento fue porque le llamó la atención el vistoso automóvil.

Pedro esperó a la Guardia Civil en la pista. Cuando el todoterreno en el que iban dos agentes uniformados, que parecían muy jóvenes para serlo, llegó donde estaba, paró y el que conducía, después de hacerle un saludo militar, le preguntó:

—¿Es usted quien nos ha llamado?

—Sí; como les dije por teléfono, hay un coche al final de este camino que parece estar abandonado. Los he esperado aquí para indicarles.

—Gracias, ha hecho usted muy bien en avisarnos.

Pedro les señaló donde estaba el coche y el todoterreno giró a la izquierda reanudando la lenta marcha. Sin estar seguro de si debía, y aun pensando que podía ser que los guardias se molestaran, los siguió andando de prisa para no perderse nada.

—Seguro que está abandonado —dijo uno de los guardias, que llevaba galones de cabo, a su compañero nada más comenzar la inspección ocular.

Su compañero confirmó y reforzó el augurio:

—Cuando llamemos nos dirán que es robado.

La inspección superficial necesitaba poco tiempo.

La voz del joven cabo sonó aturdida y muy fuerte a pesar de la corta distancia.

—¡Mira, Juan, lo que tenemos aquí!

La cara del guardia, que había abierto el maletero y miraba su interior, reflejaba un descubrimiento muy importante. Quizá el más importante de su corta trayectoria profesional.

Juan se acercó a ver el interior del maletero y Pedro, que observaba todo a una prudencial pero corta distancia, se sintió con derecho a hacerlo y también se aproximó, más apresurado que el guardia, a ver lo que tanto asombraba al cabo.

Los tres se quedaron un buen tiempo sin reaccionar, observando el cadáver en posición fetal de un hombre que se diría de mediana edad sin verle casi nada de la cara y que, ahora que estaba el maletero abierto, comenzaba a desprender un olor que competía en intensidad con el de la hierba y la tierra mojada.

—Hay que llamar al sargento —dijo el cabo.

Eso no era lo que Pedro había pensado que debía hacerse en primer lugar. Él hubiera preferido actuaciones que le permitieran conocer mejor quién era el que estaba en el maletero y qué le había pasado.

El mismo que lo había sugerido cogió la radio, dudó un momento sobre cuál sería la forma adecuada de dar aquella noticia y dijo de manera solemne y escueta:

—Mi sargento, hemos encontrado un cadáver en el maletero de un coche, cerca de la pista del barranco.

Pedro quiso protestar y decir que el mérito era suyo, pero sabía que ahora ya solo debía hablar cuando le preguntaran. Ni siquiera era del pueblo como para tomarse confianzas, aunque tuviera la edad de los dos uniformados sumadas.

—Voy enseguida, dime por dónde está.

El sargento Montero también era joven, aunque mayor que los otros dos compañeros. No hacía mucho tiempo que había salido de la academia y en su segundo destino lo habían nombrado comandante de puesto del cuartel de Biescas.

Aunque no era de allí ni de la provincia estaba muy integrado en la vida del pueblo, como el resto de los habitantes del cuartel. Se les reconocía su valía como personas y su labor profesional.

El sargento Montero era el guardia civil de mayor graduación del municipio, y él no tenía a otro a quien pasarle las decisiones sobre lo que tendría que hacer, por lo que pensó que lo mejor era avisar de inmediato al juez de guardia de Jaca y quedarse allí sin tocar nada ni hacer nada hasta que viniera. Esperaría a que el juez le diera órdenes y le dijera si le correspondía a él realizar algún tipo de actuación.

Ordenó a los dos guardias que volvieran al cuartel y pidió a Pedro Castillo que se quedara con él hasta que llegara el juez, ya que posiblemente le querría hacer algunas preguntas. Mientras esperaban aprovechó para hacérselas él, en parte porque creía que era su obligación y en parte por curiosidad. También porque dos personas con la perspectiva de estar en el mismo sitio bastante tiempo y con la única compañía de las vacas, que no se movían del lugar y parecían muy interesadas, están obligadas a buscar temas de conversación más allá de la meteorología. Aquello podría ser como un gran viaje en ascensor.

—Aún no sé cómo se llama usted.

—Me llamo Pedro Castillo Ortega.

Contestó informando del nombre y los dos apellidos porque no sabía bien si la pregunta era el inicio de un interrogatorio formal. Por un momento dudó de si tenderle la mano como en una presentación cualquiera. Aunque Pedro era abogado, era especialista en mercantil y civil y no trataba con agentes de la autoridad que no fueran los jueces. No estaba muy seguro de cómo sería aceptado y no lo hizo. Lo que sí hizo para aclararse fue preguntarle:

—¿Yo a usted debo llamarle sargento o por su nombre?

Le sonó muy extraño lo de tratarle de usted. Para eso, en general, se guiaba por la edad, y aquel sargento, aunque con la seriedad y solemnidad que da el uniforme, no dejaba de ser un joven con poco más de la mitad de los años que tenía él. En los juzgados tenía que guardar el protocolo, que le resultaba un poco arcaico cuando no se estaba celebrando un juicio. Para él el respeto no estaba en concordancia con el tratamiento de tú o de usted. El suboficial se sentó en la parte delantera del capó del coche y le contestó:

—Llámeme Montero, por favor. ¿De dónde es usted?

A Pedro le pareció buena idea lo de sentarse y se tomó como un permiso el que lo hiciera el agente. Aprovechó la amplitud para hacerlo en el mismo sitio, con la suficiente distancia, mientras lo informaba:

—Soy de Barcelona.

—¿Está aquí de vacaciones?

—Estoy en Sarvisal, en una casa que me han alquilado.

—¿A qué se dedica?

—Soy abogado.

Aunque Pedro tenía respuesta preparada a la pregunta de qué hacía en Sarvisal que no fuera vacaciones, prefería que el sargento Montero no se la hiciera en aquel momento, y mucho menos el juez. Pensó que como hacía poco tiempo que estaba, podía eludir dar explicaciones por ahora, y como no se tomaba nota de aquella especie de interrogatorio, no era nada oficial. Además, estar sentados de aquella forma, los dos sobre el coche, daba una ligeramente extravagante sensación de camaradería.

De todos modos sabía que no se iba a escapar: después vendrían las declaraciones oficiales como testigo.

—¿Cómo ha encontrado el coche?

—Iba paseando sin destino fijo y me metí por este camino por casualidad.

—¿Tiene la familia esperándole?

—No, están en Barcelona —fue la respuesta lacónica de Pedro.

—¿Sus hijos son mayores?

Pedro comprendía que el agente comenzaba a preguntarse qué hacía solo por allí y quería saber si ya no tenía hijos que vivieran con él, porque si los tenía, el enigma era mayor.

—No, tengo un hijo y una hija estudiantes.

Al sargento le hubiera gustado conocer muchas cosas de aquel hombre que estaba despertando su curiosidad, pero se daba cuenta de que él no quería entrar más de lo imprescindible en temas de carácter más o menos íntimo. Eso aumentaba su interés, personal y profesional, pero pensó que sería mejor dejar de hacerle preguntas por ahora y esperar instrucciones del juez cuando llegara. Mientras tanto decidió dar un vistazo al cadáver sin tocarlo. Estaba de espaldas, y en la nuca vieron que tenía sangre coagulada que sobresalía del pelo y lo manchaba. Señal de un golpe muy fuerte que posiblemente sería lo que lo había matado.

* * *

Pedro Castillo había salido a disfrutar de una caminata, como otras muchas veces desde que se instaló en Sarvisal con la intención de pasar una larga temporada.

No sabía con certeza cuánto duraría su estancia en el pueblo. Cuando llegó a vivir allí eran principios de abril y tenía unos meses de clima agradable por delante, pero Sarvisal estaba en una pequeña planicie de un monte, a una altura considerable y no muy lejos de las montañas más elevadas del Pirineo, y las pocas personas del pueblo con las que hablaba, que eran todos los habitantes, le decían

que el invierno por allí comenzaba muy pronto y era muy penoso. Estaría hasta que el frío lo echara o hasta final de año si lo soportaba bien. No sería fácil, acostumbrado a la benévola época invernal de Barcelona.

Sarvisal está en un lugar que produce a una gran parte de los que llegan hasta allí la sensación de que es el sitio que habían ideado para perderse un tiempo. Unos más tiempo y otros menos, pero cuando pasean por las praderas y las pocas calles de la aldea, muchos sueñan con comprar una de las casas de piedra abandonadas —todas son de piedra y buena parte, abandonadas— y reconstruirla lo suficiente para ir cuando les falte aire.

Esa sensación es como una dosis concentrada de la que produce todo el Valle de Tena. Son muy pocos los que pasan por él sin pensar en volver. En regresar lo antes posible y en estar más tiempo.

Por el centro del Valle de Tena está enclavado Biescas, no muy lejos de donde en ese momento se encontraba Pedro. Tiene algo más de mil habitantes que viven allí todo el año, y en temporadas turísticas, cuatro o cinco veces más. Las casas también son de piedra en su mayor parte, pero solo están abandonadas las que esperan ser aún más valiosas para venderse. Numerosos edificios modernos de apartamentos se han añadido o han sustituido edificaciones vetustas, la mayor parte intentando mimetizarse con el paisaje con más o menos fortuna.

En Biescas hay casi todo lo que se puede necesitar, incluso los más adictos al consumo. También dispone de un moderno y suficiente salón de actos donde se representan obras de teatro y se ofrecen un buen número de actividades culturales, y tiene una buena biblioteca pública, muy bien dotada y atendida. Casi todas las personas que había ido conociendo Pedro le preguntaban por qué no se había instalado allí en lugar de hacerlo en un pueblecito muy pequeño y medio abandonado, sobre todo cuando sabían que venía de una gran ciudad con toda clase de lo que se suele llamar comodidades y servicios. Elementos que la mayor parte de las personas creen que se necesita tener a disposición para vivir bien, y eso quiere decir en la misma ciudad.